

VOLVIENDO A PENSAR SOBRE “CORAZÓN, HÍGADO Y CEREBRO”¹.

Gustavo Chiozza

En los comienzos del psicoanálisis, cuando Freud descubrió el drama vital que se escondía tras los síntomas de la histeria, los afectos se erigieron como el elemento esencial; la cura, por lo tanto, consistía en la abreacción del afecto retenido (método catártico) y en torno a los afectos se fue edificando la teoría psicoanalítica² (G. Chiozza, 1994b, 1995e y 1996c).

Paulatinamente el interés de la teoría se fue desplazando de los afectos a las representaciones y todos los esfuerzos se destinaron a conocer cómo estaba formado el ahora llamado “aparato” psíquico; cuáles eran sus distintas partes, cómo funcionaba el inconsciente, cuáles eran los mecanismos de defensa, etc. Así el *alma* de a poco fue transformándose en lo *psíquico*. Más tarde, por la poderosa influencia del positivismo materialista, lo que empezó como una metáfora espacial fue concretizándose; lo psíquico pasó a ser la *mente*, concebida como patrimonio del cerebro.

Este modo de concebir las cosas hizo que para muchos psicoanalistas la última palabra en psicoanálisis esté hoy en manos de las neurociencias. Esta inclinación, sumada al notable auge de las neurociencias, fue subrayando con mayor intensidad la aparente oposición entre lo mental y lo afectivo, entre el pensamiento y la emoción; o, en términos simbólicos, entre el cerebro y el corazón. A partir de allí, la inteligencia se suele concebir como un patrimonio exclusivo del pensamiento y de la razón; a su vez, el símbolo es considerado una actividad mental del cerebro; el afecto, en cambio, pasó a ser el perturbador de todos estos procesos; la tara de lo mental. Pensar bien es pensar con la cabeza fría.

No todos los psicoanalistas siguieron este desarrollo (o quizás, desvío) que lleva a restringir el ámbito del psicoanálisis al territorio de lo “mental”, entendido como producto del funcionamiento del cerebro. En la obra de Chiozza, por ejemplo, el afecto ha conservado el lugar central³ que siempre tuvo para el psicoanálisis centrado en la comprensión del padecer humano.

Recientemente, las neurociencias comenzaron a descubrir lo que el psicoanálisis ya había apuntado en los tiempos de Freud; que no se puede comprender lo psíquico (lo que ellos llaman lo mental) prescindiendo de los afectos. Se comienza a hablar de una “*inteligencia emocional*”⁴ y se sostiene que el razonamiento no puede ser exitoso en su trato con la realidad si está

¹ El contenido del presente trabajo fue presentado en forma oral en la Jornada *Presencia, transferencia e historia*, realizada el 7 de octubre de 2000. Agradezco a la Lic. María Estela Bruzzon la grabación y desgrabación de mis palabras.

² Escribe Freud en sus “Cinco conferencias” (1910a, pág. 15) “... estamos en vías de obtener una teoría puramente psicológica de la histeria, en la que adjudicamos el primer rango a los procesos afectivos”.

³ Una cita que pretenda ser medianamente completa de todos los artículos de Chiozza que se centran sobre el afecto sería ya, demasiado extensa. Nótese por ejemplo, que varios de sus libros llevan la palabra “afecto” en el título.

⁴ Título de un conocido *best seller*.

privado de una vinculación con los afectos⁵. Similares conclusiones, fueron publicadas hace veinte años en el artículo de Chiozza *“Corazón, hígado y cerebro. Introducción esquemática a la comprensión de un trilema”* (1980c). Allí, el autor afirma que, si la inteligencia constituye un “saber cómo” que condensa las demás capacidades y destrezas, no sólo no puede ser patrimonio exclusivo del cerebro, sino que tampoco basta (como pretenden ahora las neurociencias) con el sólo agregado del afecto.

Como se desprende del título del artículo, el autor para ocuparse de la aparente polaridad entre inteligencia y emoción utiliza un tríptico. A mi entender, la razón por la cual la inclusión del hígado resulta tan enriquecedora no se basa en el hecho de que la metapsicología de Chiozza tome el modelo de lo hepático (G. Chiozza, 1998c); tampoco en el hecho de que hígado, corazón y cerebro sean los representantes de las tres láminas embrionarias (endodermo, mesodermo y ectodermo). Lo que a mi juicio resulta más enriquecedor es que brinda la posibilidad de iluminar aquella polaridad (entre cerebro y corazón) desde la polaridad que conocemos como “materia e idea”; aquella que Chiozza describe como la división del yo entre el polo hepático-material y el polo visual-ideal (Chiozza, 1963a); en otras palabras hígado-ojo, o mejor, hígado-cerebro.

Si quisiéramos representar el tríptico como un triángulo ya tendríamos delineados dos catetos; el que va del vértice “corazón” al vértice “cerebro” y el que va del vértice “cerebro” al vértice “hígado”⁶.

En su libro *¿Por qué enfermamos?*, Chiozza (1986a, pág. 15) nos dice que los antiguos reconocían tres formas distintas del saber a las cuales diferenciaban con tres palabras distintas. Una de ellas *scire* (de donde proviene la palabras “ciencia” y sus derivados) alude a lo que se sabe “por lo que se dice”. La otra, *sapere*, que vincula los significados de “saber” con los de “sabor”, alude a un tipo de sabiduría centrada en la vivencia; es decir se sabe “porque se lo ha saboreado”. La otra palabra es *experia*, que es aquello que se sabe porque se lo ha experimentado reiteradas veces. Estas tres formas de saber corresponden a las diferencias que hacemos entre entender, comprender y crear, y quedan simbolizadas por el cerebro, el corazón y el hígado⁷.

⁵ Véase, al respecto, el libro de Antonio Damasio *El error de Descartes* (1996); sobretodo sus primeros capítulos donde expone el interesantísimo caso clínico del paciente Phineas P. Gage.

⁶ Siempre nos resulta difícil pensar en términos de trípticos; pensar es comparar y esto significa contrastar de a pares. Tal vez sólo podemos pensar en términos binarios porque nuestro cerebro está estructurado a partir de dos hemisferios; uno, predominantemente emocional y el otro, sobretodo racional. Tal vez la razón sea otra, y se deba a que somos seres sexuados, con sólo dos posibilidades; masculino o femenino. Sea la razón que sea, los binomios, las polaridades, parecen presentar un grado de completud mayor que los trípticos; por ejemplo dentro-fuera, espacio-tiempo, sujeto-objeto, materia-idea, forma-sustancia, para mencionar solamente algunos. Da la impresión que estas polaridades tienen la capacidad de abarcar toda la existencia sin dejar nada afuera. Sin embargo, transformar un binomio en un tríptico, de alguna manera trae un enriquecimiento; aunque más no sea para regresar al binomio enriquecidos por el viaje. En palabras de Chiozza (1980c, pág. 119): *“Esta división del conjunto de lo psíquico formando trípticos que mantienen correspondencias, en cierto modo analogías, entre los elementos de una y otra trilogía, dado que sólo constituye una aproximación forzosamente inexacta, podría también ser injustificada, si no fuera porque apunta hacia otras coincidencias y porque arroja cierta luz ...”*

⁷ Hay cosas que podemos entender pero no alcanzamos a comprender, como el nacimiento o

Así, estas tres formas de inteligencia, determinan tres prototipos distintos: el “intelectual”, el “sabio” y el hombre experimentado de quien se dice que es una “autoridad en la materia”. Uno alude al conocimiento del cerebro, mediante el pensamiento y la razón; el otro a la sabiduría del corazón, que se vale de la intuición y el presentimiento; y el tercero a la experiencia hepática centrada en la voluntad de hacer, de materializar.

Así, cerebro, corazón e hígado, como pensamiento, sentimiento y voluntad, determinan un triángulo que cualifica la inteligencia⁸ de un modo que podríamos parangonar con el pentagrama pático de Weizsaecker para cualificar al sentimiento (el *pathos*) (1947, citado por Chiozza y col., 1993g). Entonces un hombre podrá ser inteligente por su **sensatez** (adecuada sensorialidad “cerebral”) o podrá ser inteligente por su **cordura** (armonía afectiva “cardíaca”) o podrá ser inteligente por su **practicidad**, por su capacidad ejecutiva (adecuada capacidad de materialización “hepática”).

El hombre ideal se encontraría en el punto central de este triángulo, equidistante a cada uno de los vértices; es decir, en una adecuada armonía con estos tres modos de funcionamiento: cerebral, cardíaco y hepático. Cada sujeto real se encontrará más cerca o más lejos de cada uno de estos tres vértices, alcanzando de esta manera un predominio que, al mismo tiempo, se transforma en un déficit; déficit por los otros dos, pero, sobre todo, déficit por la pérdida de la armonía de conjunto (Chiozza, 1980c).

Visto ya el tríptico en forma conjunta, nos resta aún la cuestión más espinosa; la de relacionar los tres vértices. Como dijimos, la forma más práctica es ir contrastándolos de a pares (por comparación); tomar una polaridad y observarla desde el vértice excluido. En otras palabras, redefinir el vértice a partir de la polaridad que determinan sus catetos. Como vimos, las más conocidas polaridades son la de pensamiento-sentimiento (cerebro-corazón) y la de materia-idea (hígado-cerebro); empecemos por allí.

1) Una buena capacidad hepática será, desde nuestro esquema, un logrado ensamble **práctico** (posible, materializable) entre razón y emoción. Implicará una atinada voluntad de obrar que, sin ser en exceso vehemente, tampoco perderá el sentido de las importancias como suele suceder con lo puramente

la muerte. Otras que si bien comprendemos, no podemos entender, en el sentido de explicar en términos, por ejemplo, de causas y efectos. Un ejemplo de esta situación podría ser los cambios somáticos que siguen a un proceso de identificación; o también, cualquier sentimiento; las inexplicables “razones” del amor. Por último, creer implica siempre algo más que haber entendido o comprendido. Muchas veces, aún habiendo entendido o comprendido, no podemos todavía creer.

⁸ Más aún, podríamos decir que este tríptico es un instrumento para cualificar cualquier objeto del conocimiento. Corazón, hígado y cerebro, lejos de su existencia física, son representantes simbólicos de tres distintos puntos de vista que se complementan. Tomemos un ejemplo: en su artículo, Chiozza citando a Koestler (1978) y Mac Lean (1949; ambos citados por Chiozza, 1980c, pág. 114) sostiene que “*en el hombre existen tres cerebros (...) El arquicéfal, o cerebro ‘reptil’, ha sido asociado con las funciones básicas de supervivencia, el paleocéfal o cerebro ‘roedor’ con la vida emocional y el neocéfal con el pensamiento racional*”. Pues bien, aquí tenemos otra vez nuestro tríptico: el cerebro “hepático”, vinculado a la supervivencia, es decir a las necesidades materiales; el cerebro “cardíaco” vinculado a las emociones; y el cerebro “cerebral” (pido excusas por la redundancia) vinculado a lo racional.

racional. En conclusión, se trataría de una adecuada articulación del pensamiento con la emoción atendiendo a la acción que está dentro de lo posible; lo realizable prácticamente⁹.

2) Una buena capacidad cardíaca permitiría encontrar las importancias en la polaridad entre idea y materia; representa la capacidad de encontrar el sentido de la vida en un adecuado equilibrio entre el idealismo y el materialismo.

El corazón que, sin descuidar al ideal, atiende a lo materialmente posible, contribuye a realizar el duelo, reencontrando el sentido de la vida tras la resignificación de los ideales. En otras palabras, **el duelo visto como una capacidad cardíaca es la resignificación**; es decir una nueva asignación de importancias.

El corazón funcionando como una brújula, sería el encargado de que no se pierda la **cordura**, es decir, el sentido de lo que verdaderamente importa cuando, una y otra vez, pasamos de lo abstracto a lo concreto. Por ejemplo, una adecuada articulación entre teoría y práctica que permite mantener la coherencia (el sentido) entre lo que se piensa y lo que se hace¹⁰.

3) Por último el cateto más difícil, el menos explorado; el que trata sobre la polaridad entre el hígado y el corazón contemplada desde lo cerebral. Siguiendo el mismo esquema que venimos desarrollando podemos afirmar que una buena **capacidad cerebral**, permitirá hallar la **sensatez [PERSPICACIA?]** entre aquello que resulta práctico y lo que es importante; lo que pide el corazón¹¹.

El cerebro deberá decidir si el hígado, con su criterio práctico y materialista, aboga por una adecuada autoconservación, que es amor a sí mismo; o si, atrapado en el narcisismo patológico, se ha convertido en un egoísta. Del mismo modo, debe evaluar si los reclamos del corazón, con su acostumbrada generosidad, abogan por una necesaria trascendencia o conducen al malentendido de la prodigalidad que desangra (Chiozza y col. 1993b).

En una dramatización del dilema que el cerebro debe resolver podríamos ilustrar cada uno de los lemas. El hígado le habla al cerebro diciéndole: *“panza llena corazón contento”*; en otras palabras, *“no pienses más; yo, con mi criterio práctico, me ocupo de que el corazón esté contento, sólo tenemos que atender a las necesidades materiales; eso es lo primero. Verás que el corazón te lo agradecerá”*. El corazón hace lo propio y le susurra al cerebro sobre la

⁹ Un abordaje gráfico de este tema, que dadas las cualidades formales de esta presentación no me es posible, asignaría un color a cada uno de los vértices del triángulo. Por ejemplo, verde [CAMBIAR A AMARILLO] para el hígado, azul para el cerebro y rojo para el corazón. Siguiendo estos parámetros, podríamos imaginar a la capacidad hepática ideal como un triángulo mitad azul y mitad rojo (o también, por qué no, todo violeta). Las desarmonías se graficarían como una desigualdad entre las porciones azul y roja (o, si se quiere, un violeta más azulado o más rojizo).

¹⁰ Volviendo a la representación gráfica, ahora tendríamos al triángulo del corazón, mitad verde y mitad azul.

¹¹ Ahora el triángulo del cerebro lo dibujaríamos mitad rojo, mitad verde.

importancia de la convivencia: *“contigo, pan y cebolla”*, que quiere decir, *“debemos atender al amor, eso es lo único que importa. ¿De qué sirven los bienes materiales si no hay con quién compartirlos? Verás que, si hay amor, podemos vivir con poco; el hígado estará bien, no necesita tanto como dice”*.

Justamente aquello que permite una adecuada articulación entre la necesidad (la satisfacción material que pide el hígado) y el deseo (lo que satisface al corazón) es lo que el psicoanálisis describe como identidad de pensamiento, es decir, la identidad alcanzada mediante la exitosa capacidad cerebral de pensar¹².

Esto nos lleva a reflexionar, desde un nuevo enfoque, sobre el valor que asignamos al concepto de necesidad. Tal vez, acostumbrados a medir sólo las ventajas de la identidad de pensamiento comparadas con las nefastas consecuencias de la identidad de percepción, terminamos privilegiando demasiado a la necesidad por sobre el deseo¹³. Olvidamos, entonces que **también los deseos constituyen una necesidad genuina**; *“el hombre no ha nacido (...) para vivir aislado[;] (...) ninguna de sus posesiones, como le ocurre a un niño con una pelota, puede ser gozada en ausencia de otro con quien compartirla”* (Chiozza, 1983d, pág. 30).

En el presente que nos toca vivir, donde, como dice Chiozza (1983d) asistimos a las formas caducas de un individualismo exagerado que redundan tan frecuentemente en la pérdida del sentido de la vida, se hace necesario, como psicoanalistas, enfatizar uno de los términos de este dilema más que el otro: la importancia de atender a lo que pide el corazón, a los fines de descubrir “aquello” sin lo cual, todo lo demás carece de sentido. “Aquello” sin lo cual la vida ya no vale la pena¹⁴.

Chiozza, al señalar la necesidad de abordar estas cuestiones en el tratamiento, refiriéndose a un supuesto paciente, finaliza su artículo “Convivencia y trascendencia” (1983d, pág. 36) con las siguientes palabras: *“¿Existe algún modo en que podamos ayudarlo a desentumecer su aparato trascendente que no adquiera momentáneamente la engañosa forma de arrancarlo de sí mismo*

¹² Como se desprende de todo lo dicho, cuando digo que el pensar es una capacidad cerebral lo digo, siguiendo las ideas de Chiozza, en sentido simbólico; no fisiológico. Lo mismo vale para el hígado y la capacidad de materializar tanto como para el corazón y los afectos.

¹³ Y así nuestra capacidad cerebral se transforma en un triángulo demasiado verde, donde *“las formas de un individualismo degradado, que hemos llamado caducas, desoyendo esta perentoria necesidad de convivir, crean en el hombre medio de nuestros días un vacío existencial de fondo”* (Chiozza, 1983d, pág. 30).

¹⁴ En la oportunidad en la que estas ideas fueron presentadas por primera vez, ilustraba este tema con el argumento del film “Los perros de paja”, que hoy, por razones de espacio, sintetizo muy brevemente en esta nota. El dilema al que se veía sometido el protagonista (justamente un matemático) consistía en entregar, a cambio de su propia integridad física, a un deficiente mental para que unos vándalos lo asesinen o negarse a hacerlo arriesgándose a ser asesinado junto con aquel a quien intentaba proteger. Un dilema entre un criterio práctico y otro, centrado en las importancias. El protagonista, que hasta entonces había sido presentado como un cobarde, con una capacidad intelectual inútil frente a esas circunstancias, comprende que de entregar a la víctima no le será posible seguir viviendo “en forma”. Exhibe lo que en este trabajo he llamado una adecuada capacidad cerebral: tal vez no logre sobrevivir si intenta luchar, pero de nada le servirá seguir vivo si entrega a la víctima para salvarse. De más está decir que, una vez decidido lo correcto, sobrevive al combate a partir, no de sus aptitudes físicas, sino del adecuado uso de su ingenio.

para volcarlo íntegramente sobre la comunidad?”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CHIOZZA, Gustavo (1994b)
“Reconsideraciones sobre la historia de conversión”, (Sin publicar) Presentado en el CCMW, Buenos Aires, Agosto de 1994.
- CHIOZZA, Gustavo (1995e)
“El síntoma corporal para la teoría psicoanalítica” (Sin publicar) Presentado en el CCMW, Buenos Aires, Junio de 1995.
- CHIOZZA, Gustavo (1996c)
“Sobre la relación entre la historia de conversión y la enfermedad somática”, en *Cuerpo, afecto y lenguaje*, (Segunda Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.
- CHIOZZA, Gustavo (1998c)
“Consideraciones sobre una ‘metapsicología’ en la obra de Chiozza”, en *Simposio 1998*; en *Psicoanálisis de los trastornos hepáticos*, (Tercera Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.
- CHIOZZA, Luis (1963a)
Psicoanálisis de los trastornos hepáticos, (Tercera Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.
- CHIOZZA, Luis (1980c)
“Corazón, hígado y cerebro. Introducción esquemática a la comprensión de un trilema”, en *Presencia, transferencia e historia*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2000.
- CHIOZZA, Luis (1983d [1982])
“Convivencia y trascendencia en el tratamiento psicoanalítico”, en *Psicoanálisis: presente y futuro*, Luis Chiozza, Ed. CIMP, Buenos Aires, 1983.
- CHIOZZA, Luis (1986a)
¿Por qué enfermamos? La historia que se oculta en el cuerpo, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1986.
- CHIOZZA, L. ; BARBERO, L. ; CASALI, L. ; SALZMAN, R. (1993g [1992])
“Una introducción al estudio de las claves de inervación de los afectos”, en *Cuerpo, afecto y lenguaje* (Segunda Edición), Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.
- CHIOZZA, L. ; BALDINO, O. ; DAYEN, E. ; OBSTFELD, E. ; REPETTO, J. (1993b [1992])
“El significado inconciente de la hipertensión arterial esencial”, en *La transformación del afecto en enfermedad, hipertensión esencial, trastornos renales, litiasis urinaria, hipertrofia de próstata, várices hemorroidales, esclerosis, enfermedades por autoinmunidad*, (Segunda Edición) Luis Chiozza, Alianza Editorial, Buenos Aires, 1998.
- DAMASIO, Antonio (1996)
El error de Descartes, (Tercera Edición), Editorial Andrés Bello, Santiago-Chile, 1999.
- FREUD, Sigmund (1910a [1909])
“Cinco conferencias obre psicoanálisis”, Amorrortu Editores, Tomo XI, Buenos Aires, 1979.